

Lévinas-padre

Francisco Amoraga Montesinos

Francisco Amoraga Montesinos es escritor, licenciado en Filosofía por la Universitat de València y tesinando en la Universidad de La Laguna, donde realiza una tesis doctoral sobre la noción de paternidad en la obra de Emmanuel Lévinas. Entre los años 2006-2010 ha trabajado para Cruz Roja Española en la Oficina Provincial de Santa Cruz de Tenerife, desempeñando diferentes cargos dentro del Área de Intervención Social.

Y tú, padre, eres el inútil por excelencia
E. VILA-MATAS, *Hijos sin hijos*

Deben de haber pasado dos años desde entonces. Quizá algunos meses más. Me cuesta relacionarlo con el nacimiento de Dan y sin ese nexo de unión me encuentro inseguro, no acierto a situar oportunamente en el tiempo los distintos acontecimientos que me suceden. En los últimos días he rebuscado sin éxito entre las varias carpetas y fundas de correos impresos. Mi desorden es generalizado, como indiscriminada la manía de permanecer ausente para mis amigos. Hay, eso sí, una excepcional e intermitente presencia mía ante Andrés y ante Rocío, quienes testimonian que mi figura todavía hoy no se ha borrado completamente, asunto que prefiero no abordar en este preciso momento por razones que se van a hacer manifiestas después del punto. Lo que me interesa es que he recordado lo anterior porque el correo que buscaba era de Daniel, y porque a Daniel tengo que escribirle un día para decirle que sintiéndolo mucho aún no puedo escribirle y que esto es verdad y es mentira.

Me decía en aquel correo, más o menos, porque como digo no tengo a mi disposición las palabras exactas (alguien tendrá que solicitarle en mi nombre este préstamo indulgente), que “lo fascinante de la obra de Malka¹ es que muestra a un Lévinas furioso en ocasiones, con accesos habituales de mal genio, antipático reincidente, no un santo”, y que “es justamente eso lo que lo hace más real, más cercano, y, por tanto, lo que permite amarlo mejor, sobre todo reconocer como terrenal la

¹ S. MALKÁ, *Emmanuel Lévinas. La vie et la trace*, Éditions Albin Michel, Paris, 2005. En adelante, EL y número de página.

2 No obstante, es Lévinas el que de verdad hace un uso continuado y crucial de la hipérbolo, al borde de lo patológico y del traumatismo psíquico. Véase Y. MURAKAMI, *Hyperbole. Pour une psychopathologie lévinasienne*, Mémoires des Annales de Phénoménologie, Association pour la Promotion de la Phénoménologie, Paris, 2008, p. 9.

3 Además de la muy recomendable obra de S. Malka, véase también M.-A. LESCOURRET, *Emmanuel Lévinas*, Flammarion, Paris, 1994.

4 Simone (Lévinas) Hansel, nacida en París en 1935. Durante la guerra, y gracias a la mediación de Maurice Blanchot, se refugia en agosto de 1943 en el monasterio de San Vicente de Paúl, próximo a Orleáns, donde poco más tarde acaba reuniéndose con su madre, Raisa Lévinas, tras haber sido deportada su abuela. En el momento de la Liberación tiene diez años. No conserva muchos recuerdos de esa época. Al monasterio les llegaban pocas noticias de su padre, muy pocas cartas. En alguna, tal vez, Emmanuel Lévinas comentara a su mujer algo de esto, que puede que tenga que ver con las enseñanzas recibidas por Simone de las monjas del monasterio: "Simone — catecismo — gravedad del problema — sin afectación — por una vez un problema que no es material, [que] es serio. Habitualmente, te preocupa la salud de una hija, su comportamiento, su matrimonio. Y de golpe se trata de su salvación" (E. LEVINAS, *Carnets de captivité et autres inédits*, Éditions Grasset & Fasquelle/IMEC Editeur, 2009, p. 107. En adelante, CC y número de página). Y recuerdo aún otra anotación en la que también hace mención expresa a Simone, y a su mujer: "Nunca olvidaré esto: la desesperación de la abuela separada de R. [Raisa], completamente sola. Nada borrará eso. Será como una astilla en mi carne" (CC, 99). Doctora en Medicina, Simone fue jefe de clínica de los Hospitales de París (EL, 239).

5 Michäel Lévinas, nacido en París en 1949. Músico de reconocido prestigio como pianista y compositor, discípulo de Olivier Messiaen. Parece gozar de un estatuto particular de hijo único no asimilable al de Simone (M.-A. LESCOURRET, *Emmanuel Lévinas*, p. 131; EL, 258), lo cual es una conjetura, una mera opinión extraída de varias experiencias de trato diferencial tales como el aprendizaje del hebreo y de las cuestiones judías, el apoyo excéntrico a su vocación musical o el que su padre lo hiciera peregrinar consigo de ciclo en ciclo de conferencias. Es también el ejecutor testamentario y el titular exclusivo del derecho moral sobre las obras de su padre. Vuelven a faltar menciones expresas. En cambio, Michäel Lévinas habla profusamente de su padre. "Emmanuel Lévinas fue al mismo tiempo mi padre y el padre de muchos jóvenes. Fue un padre admirable y muy exigente, que tras haber vivido la desesperación más abismal, se consagró por completo a reconstruir pacientemente, a su manera, el Judaísmo de la posguerra. Emmanuel Lévinas transmitió a su alumnos el rito de la escritura y el ritmo de la disciplina. Se ocupó, con mucha devoción, de la educación de adolescentes que habían sobrevivido al horror. Es una experiencia algo excepcional de la que me acuerdo todos los días". El fragmento pertenece a una entrevista del 3 de marzo de 2010 recogida en la publicación electrónica *Aschkel* bajo el título 'Emmanuel Lévinas, le père exceptionnel' (<<http://www.aschkel.info/article-emmanuel-Lévinas-le-pere-exceptionnel-par-michael-Lévinas-45942499.html>>).

6 La pérdida, acaecida en 1946, se produjo tras un embarazo lleno de complicaciones. Se trata de un acontecimiento del que nada se habla, "solo la misteriosa dedicatoria en el libro *De la existencia al existente*, publicado al año siguiente, consistente en tres letras —PAE—, evocaba esa herida dolorosa" (EL, en la traducción española de Alberto Sucasas, *Emmanuel Lévinas. La vida y la huella*, Trotta, Madrid, 2006, p. 197).

7 Sus hijos aparecen en las dedicatorias de *De la existencia al existente* y de *Nombres propios*. Con la paternidad vivida sucede como con el horror vivido, del que apenas se habla o se hace explícito. El artículo 'Sin nombre' de *Nombres propios* tiene un aire excepcional. Escrito en el vigésimo aniversario de la Liberación, el que habla es un superviviente, sensación nada habitual, y un padre, aún menos. "Cuando se tiene ese tumor en la memoria, veinte años no pueden cambiar allí nada. Sin duda la muerte va a anular pronto el injustificado privilegio de haber sobrevivido a seis millones de muertos... ¿Y nuestros hijos que nacieron al día siguiente de la Liberación y que pertenecen ya a esa humanidad? ¿Podrán ellos, por otra parte, comprender esta sensación de caos y de vacío? Más allá de la incommunicable emoción en que todo fue consumado, ¿qué se debe y qué se puede transmitir veinte años después en forma de enseñanza?" (p. 114). Ese "¿Y nuestros hijos?" me trae siempre a la memoria lo que lacónicamente Celan le escribe a Nelly Sachs: "¿Qué no nos queda aún por pasar a los judíos? Y nosotros tenemos un hijo, Nelly Sachs, ¿un hijo!" (P. CELAN, *Obras completas*, trad. de J.-L. Reina Palazón, Trotta, Madrid, 2004, p. 26).

8 Voy a transcribir el fragmento y sobre todo el paréntesis que ha inspirado esta oración, que lo que hace es copiar directamente al original, fundamentalmente la idea. Es, por lo demás, un paréntesis memorable. "Quien escribe y firma los libros titulados *El tiempo y el Otro*, *Totalidad e Infinito*, *De otro modo que ser o más allá de la esencia* es un hombre (e incluso quizá un padre, pero esto no siempre queda explícito)" (F.-D. SEBBAH, *Lévinas et le contemporain. Les préoccupations de l'heure*, Les Solitaires Intempestifs, Besançon, 2009, p. 23). Lo que sigue en el libro a este extracto es un análisis en *tiempo presente* de lo femenino y lo machista en la obra de Lévinas que se pretende al margen de las lecturas tópicas y los velos interesados, en cualquier dirección. Como no quiero empequeñecer tanto este escrito como para que se desvanezca sin ayuda, voy a ignorar lo del texto de Sebbah mientras lo recomiendo, pero voy a apuntar los emplazamientos Lévinas-machista-sin-macho y Lévinas-maestro como los dos en los que la cuestión Lévinas-padre se continúa por necesidad, cosa que yo todavía no hago.

9 "Creo que la temática de mi relación con el hijo está vinculada con el problema de la muerte, como si su muerte me concerniera más que la mía... He pensado mucho en ese tema. No me refugio en cosas no escritas, hay problemas que aún deben reflexionarse... Yo buscaría la significación del hijo en esa dirección... Os respondería sin pronunciar palabras definitivas: cabría buscar en esa dirección" (F. POIRIÉ, *Emmanuel Lévinas. Essais et entretiens*, Actes Sud, Arles, 2006, pp. 127-128. En adelante, EE y número de página).

exigencia hiperbólica de su obra”. Más o menos, insisto, y hasta puede que sus palabras sean ahora, por mi mala memoria, más mías que tuyas, y pienso, por ejemplo, en lo mucho que empleo la voz hipérbole.² Lo que es seguro es que me invitaba a leer el libro, cosa que hice de inmediato, igual que reconocí con la misma celeridad que no había nada de banal ni en la impresión ni en su comentario, sino todo lo contrario.

Quería comenzar por ahí y decir a continuación que Emmanuel Lévinas fue padre. Admito que esto sí puede sonar repentinamente obvio e indebidamente fútil como para sostenerlo en el espacio de esta página. Y, sin embargo, no voy a ocuparme de nada más que del hecho de que Emmanuel Lévinas fue, en un momento de su vida, y después más adelante en otro, padre, y que esto no dejó de serlo hasta su muerte, como les sucede a la mayoría de padres a quienes sus hijos les sobreviven. Que esto tenga interés o que podamos comulgar varios y yo con el evidente interés que tiene, justifica mi primer comentario, que es el siguiente. Al lector habitual de una revista como la presente no le pasan desapercibidos esta suerte de detalles porque, normalmente, conoce cuando menos un par de biografías señeras del autor al que se hace referencia. En el caso concreto de Lévinas,³ tú mismo, que frecuentas este tipo de obras, sabes o podrías averiguar que fue padre de Simone,⁴ posteriormente de Michäel,⁵ y que entre medio de ambos el matrimonio Lévinas perdió a una hija.⁶ Lo puedes saber, digo, por este tipo de obras, pero no es tan claro que puedas inferirlo de la lectura de los libros del propio Lévinas-padre. Es cierto que es un autor que aborda el tema de la paternidad en varios lugares. Más aún, la paternidad es objeto de una atención capital en multitud de estudios, de muchas opiniones, convergentes o enfrentadas en el papel angular o no de la paternidad dentro del esquema general de su propuesta. Pero, en cambio, en ningún lugar, o apenas en ninguno,⁷ se hace explícito⁸ que el hombre que escribe esa obra sea o haya sido padre. ¿Esto tiene interés? Por momentos me da por pensar que la pregunta de si Lévinas fue o no padre y si lo fue de qué clase o qué relación guarda con el hijo y la desaparición, es la más interesante⁹ y la que está por afrontar en el legado de Lévinas-padre-y-no-solo-padre.

Luego está la confusión fundamental sobre la que corre el riesgo de pivotar todo lo que estoy empezando a decir. Es esta. Hay algo tortuoso en ser padre y escribir. Aunque en realidad la primera formulación del embrollo es que yo soy, en lugar de Lévinas, el padre, soy el padre que dice a cada oportunidad que se le presenta sí, que efectivamente lo es, y el que se pasa la vida buscando seres como yo que son padres y escriben y a quienes tras encontrarles les pregunto si a ellos les sucede igual que están enfermos.

Por momentos me da por pensar que la pregunta de si Lévinas fue o no padre es la más interesante

Para mí es escandaloso que Lévinas no lo diga; es, no hay duda, el mayor de los desórdenes. Porque yo reconozco mi mal, digo abiertamente que soy padre, pero digo también que en el principio está mi primera lectura en 2002, cuando todavía residía en Valencia, de las conferencias suyas impartidas con el título ‘El Tiempo y el Otro’ en el Collège Philosophique del Barrio Latino de París, en 1946/1947, y que yo no fui padre, físico, hasta agosto de 2006. Es lógico pensar en la existencia de varios condicionantes¹⁰ en la propia estructura de mi persona, lo que no difumina la importancia de la obra de Lévinas como agente desencadenante en mí del proceso de génesis de la patología paterno-filial. Yo me pregunto, siendo así, cómo es posible que él no estuviera enfermo o no lo dijera nunca, ¿no es posible que lo esté únicamente yo!

Decir “yo” e insertar el pronombre en una exclamación denota, después de todo lo que llevo escrito hasta aquí en primera persona con la excusa de Lévinas pero a propósito de mí, una variante ególatra del discurso y del asunto, tal vez la única variante existente. Quiero pensar que es la segunda formulación de la confusión seminal. El hijo me hace hablar siempre de mí. Me obliga, desde que vino: cuando yo me fui. Desde entonces tengo que presentarme, comparecer, y no de modo administrativamente reglado, muy al contrario, es anárquico, es un tormento hacerlo cada vez. Hoy ha sucedido de esta forma. Estaba pensando en Lévinas-padre como objeto de estudio o, mejor dicho, como etapa sobre la que llevar a cabo una reflexión que diera lugar al texto que debía venir en este lugar, justo donde ahora está este otro, aquí. Inmediatamente pensé en sus hijos. Sus hijos me llevaron al mí. Y acabé, según acostumbro, en el desastre del yo, lo que no deja de ser un modo de referirme a esta ausencia culpable que sobrevive intentando corregirse. Una recuperación, una investidura de última hora que a la postre es la más antigua. Al propio Lévinas lo recupero siempre a través del hijo. Esto es una extrapolación, pero sintetiza un juicio mío sobre la totalidad de su obra. Y sigo. Incluso allá donde su obra parece que concluye con la desaparición del hijo, yo voy y lo recupero, le doy la única acogida que puede darse a un desaparecido. Lévinas lo llama expiación¹¹ y a mí me vale. Expiar las faltas, y comenzar por la paternidad, que es la primera.¹² Debería arrancar así *su* ética de la hospitalidad, pienso. *Ich*

¹⁰ Me parece suficiente mencionar solo el más importante de todos ellos, y añadir el más extravagante. Comenzando por este último, es la *vocación paterna*, que es como se me ocurre llamar a mi temprana decisión de ser padre, a mi orientación, casi profesional, hacia la paternidad, la cual se colige de la respuesta que yo daba a la interrogación de rigor en la primera adolescencia a propósito de qué quería ser de mayor. Yo quiero ser padre, contestaba. Ante la alarma que generaba esto entre el auditorio a menudo añadía a regañadientes que también quería escribir, aunque en esa época ni por asomo suponía que ambas ocupaciones pudieran profesar lo mismo. El otro condicionante, el principal, es que he sido, y soy, un hijo *condenadamente feliz*. Y me parece que hay, en las carencias de este ser completo, las trazas de un prototipo de sujeto lévinasiano, el tipo de un hijo saciado que se resuelve irremisiblemente en padre hambriento. Al menos es la explicación más convincente que encuentro. O la que le resta, con más voluntad que éxito, apariencia patológica al padre que he llegado a ser y cree a pie juntillas esa exageración más grande que ninguna del padre que acarrea las faltas del hijo, las cometidas por él y contra él, sea el hijo nacido o no nacido, presente o desaparecido, y más aún si es desaparecido.

¹¹ “En la expiación... responsabilidad por la criatura cuyo Sí mismo es el propio énfasis; sujeción o subjetividad del sujeto. La responsabilidad por el otro, por cuanto no ha comenzado en mí, responsabilidad en la inocencia del rehén” (E. LÉVINAS, *Autrement qu’être ou au-delà de l’essence* (1974), Le Livre de Poche, Paris, 2001, p. 200 y ss.; en adelante, AE y número de página).

¹² “Hablando con propiedad, yo ya no soy un yo, albergo una falta” (E. LÉVINAS, *Entre nous. Essais sur penser-à-l’autre*, Le Livre de Poche, Paris, 2007, p. 30).

13 Inserto esta nota al pie después de acabado el texto y me doy cuenta que olvidé decir lo que doy por descontado, que Emmanuel Lévinas debe ser considerado filósofo tanto como escritor y aprendiz de novelista. Algo no muy alejado, pienso, de lo que sostienen, con conocimiento de causa, Rodolphe Calin y Catherine Chaliel en un momento del prefacio al primer volumen de sus *Obras completas* (CC, 13-14).

14 Y a su hija también, parafraseando la célebre mención de última hora en EE, 125. "Trabajaba sin parar. Tachaba y rompía y retocaba hasta el último momento. [El texto] siempre estaba 'sin acabar' [pas-prêt]" (EL, 243).

15 Cuando uno termina una oración como la que acabo de terminar, duda, estoy dudando, entre no estar apuntando a nada y entretenerme infecundamente con efectistas y someras sentencias, o verdaderamente estar en el umbral de lo que hay que decir por vez primera y anacrónica. En cualquiera de las situaciones, el mayor inconveniente es la frase que viene a continuación, y más que la frase, aquello a lo que en realidad se quiere apuntar con la frase y que no termina de hacerse visible o no terminamos de ver en el arco de la frase.

16 Por esta razón he escrito tres versiones de la oración que viene a continuación y que por motivos que no sabría precisar no son la oración que viene a continuación: 1) ... Lévinas fue un padre que escribía y, al hacerlo, atemorizaba a su hijo. / Con esto, y un bizcocho, lo pertinente ahora es explicar este temor no en términos de causalidad sino de trascendencia, hacer entrar en juego la relación filial como escritura y esta como verdad o expiación, una verdad que el padre no calla y provoca pavor en el oído del hijo; 2) ... Lévinas fue un padre que escribía y, al hacerlo, atemorizaba a su hijo. / Diciendo lo que decimos estamos tomando el temor unívocamente, en los términos del hijo, sin dar pie o apoyo al temor del padre como aquello que puede ser lo que en sí atemoriza, volviendo a pensar en Simone, pero con la mente puesta antes que nadie en Lévinas, aterrorizado mientras escribe algo junto al hijo, próximo a él, justo por esa cercanía; y 3) ... Lévinas fue un padre que escribía y, al hacerlo, atemorizaba a su hijo. / Cuando he escrito que Lévinas atemorizaba a su hijo no sé por qué he pensado en Dan, en que es lo mismo escribir que leerle al hijo, y en el incomprensible miedo que le provoca últimamente el poeta de *El príncipe feliz* de Wilde, su cuento preferido, seguro que por las ilustraciones infantiles poco afortunadas en las que la golondrina se esconde para que el poeta no la vea, lo que a Dan le suscita, noche tras noche, la pregunta de si el escritor está enfadado o de si la golondrina tiene miedo del escritor, pese a lo cual no quiere dejar de escuchar cada noche el cuento.

17 I. KERTÉSZ, *Kaddish por el hijo no nacido*, trad. de A. Kovacsics, Acatilado, Barcelona, 2001, p. 7.

muß dich tragen, me imagino a Celan pensando lo mismo, *il n'a pas d'autre lieu* (AE, 145).

Bien mirado, y esclarecido que todo es confuso en este tema, no resta sino abordar el meollo. Hay algo tortuoso en ser padre y escribir, decía. Lo tortuoso es el apelativo que me ha dado hoy por ponerle a lo que habitualmente llamo lo patológico de la paternidad. Tiene que ver, en parte, con estas palabras de Michäel Lévinas respecto al hecho de haber vivido junto a un padre que escribía: "Mi padre me hizo vivir muchas cosas, muchas angustias, muchas dificultades con la escritura, una especie de sufrimiento que me aterrorizó, que era realmente aterrador". De modo que lo que yo quería decir, y es una lástima que para decirlo tenga que invertir tantas palabras y ocupar tanto tu tiempo, es que Lévinas fue un padre que escribía¹³ y, al hacerlo, atemorizaba a su hijo.¹⁴¹⁵¹⁶

Tengo para mí que saber por qué pasan estas cosas importa, pero también puede que no sea para tanto. En cualquier caso, hay un temor que desgranar, y esa siempre ha sido una sana y habitual ocupación del intelecto. ¿Qué hay en ser padre? ¿Qué hay en escribir, que atemoriza? Pueden decirse tantas cosas y tan dispares que casi dan ganas de dejar esta habitación y salir corriendo, tal y como hice ayer y es la razón de que acumule fatalmente otro día de retraso en la entrega de este texto y en cambio tenga un cuerpo más afinado. Pero no, tampoco es mal negocio perseverar, ver cómo el trabajo rinde. Diría que pueden tomarse de guía las varias experiencias pavorosas en las que se muestran enlazadas sin más, sincrónicamente, la escritura y la paternidad, como males. Cuatro al menos. Dar un lenguaje. Escribir próximo. Correr el riesgo de desaparecer. Y heredar. Curiosamente las que sirven para hablar del temor de Emmanuel, Michäel y Simone, con lo que haría mejor en prescindir de la teatralidad del comienzo de esta frase si no fuera porque no pretendo apartarme ahora de la escritura egotista en la que todo se vuelve yo y mi hijo.

Dar un lenguaje. "¡No!", dije enseguida, en el acto, sin titubear y de manera como quien dice instintiva,¹⁷ y lo dije literalmente en el acto, sin titubear, a voz en grito, e importa poco que fuera un chillido interior, paralelo a la otra realidad en la que yo le reforzaba positivamente por haber escrito en su pizarra perfectamente, y con algo de precocidad, su nombre y debajo de su nombre la palabra oso que le parecen dos ojos y una nariz que serpentea, porque donde yo chillaba, chillaba mucho, y ahí tenía la impresión de que mi hijo se quedaba petrificado, sin saber qué decir, tal vez porque igual que yo le había dado un lenguaje, el grito, quién sabe si por una estratosférica virilidad que me hubieran implantado mientras yo escribía en la pantalla algo sobre dejar de escribir sin prestar atención a su juego, había tenido la cualidad de

arrebatárselo y hacer esto de golpe y para siempre. Pero no. Tuve un hijo y le he dado un lenguaje, ¡todo está perdido! ¿O acaso puede el hijo hablar otro lenguaje distinto al del padre que se lo ha dado? He escrito un libro y en él quería decir justamente esto, pero no lo he expresado del todo bien, quería decir que es posible que los dictadores y los padres hablen dos lenguas distintas a sus hijos, pero he dicho que es imposible que, siendo padres, no acaben por decir lo mismo. Voy a tener que escribir otra cosa, sobre todo porque mi hijo no está, en verdad, petrificado, y se mueve y gesticula y me dice que quiere escribir otra palabra y que si por favor yo le enseño. Esto es un desastre.

Escribir próximo. En la acercanza.¹⁸ ¿Es la acercanza la proximidad de un metro? Lo pregunto retóricamente porque Michäel padeció la escritura de Lévinas a un metro de su piano y fue, en toda su extensión, rehén y Maestro¹⁹ de *Totalidad e Infinito*. Esa imagen de Michäel preparando sus concursos junto a Emmanuel, que no tiene oído musical excepto para la música de su hijo (EL, 259), esforzándose y sufriendo por cada párrafo de ese libro tortuoso, es todas las biografías, todas las biografías tortuosas. No escribas nunca junto a tu hijo, parece aconsejarte, puede acabar imitándote. O mucho peor aún. Mira que vas a descubrir que tu paternidad no es exactamente tu paternidad, y vas a bajar la cabeza, y vas a seguir escribiendo. ¿Es obsesiva, la proximidad? ¿O es la obsesión misma? La hipérbol, de nuevo. Dar el pan de la propia boca es la expresión literal que emplea Lévinas (AE, 94) para lo que muchos denominarían una psicopatología. Pero tú ya no tienes boca, ahora eres un vientre gestante y en eso debe consistir lo último que aprendas. La escritura es un vientre que gesta una boca que come y que habla. Poco más. Y es también poco lo que sabemos de los vientres con hambre, salvo que por sus bocas cada vez es menos lo que se habla.

[Supongo que no es fácil creerlo, aunque tampoco sé qué razones puede haber en contra de que yo esté diciendo la verdad ahora, cuando mi hijo se acaba de levantar y lo tengo en una banqueta sentado a mi lado mientras escribo que se ha levantado y lo tengo en una banqueta. No puede dormir, me dice. Es medianoche. Lo cierto es que ni uno ni otro dormimos mucho. Pero es la primera vez que lo levanto y lo traigo conmigo hasta el escritorio, que queda en la habitación contigua

*Dar el pan de la propia boca
es la expresión literal que emplea
Lévinas para lo que muchos
denominarían una psicopatología*

a su dormitorio. Hoy he tenido que explicarle, lo acabo de hacer, que si pasamos todo el día juntos necesito algo de tiempo por la noche para trabajar. Y he querido que viera que no le engaño, que es verdad que trabajo, o sea, que escribo, y que escribir es una cosa muy aburrida que uno hace cuando está solo. Sin embargo, alguna extraña distracción debe de encontrarle al hecho de verme escribiendo porque sigue sin dejarse vencer por el sueño, incluso me empieza a parecer una quimera que vaya a dormirse esta noche. Le he preguntado si quiere volver a la cama. Me ha contestado que no. Por si tiene alguna duda le recuerdo que de ninguna manera va a dormir con nosotros otra vez y que, además, mamá tiene que descansar. Lo tiene claro. He dejado pasar unos minutos, escribiendo y borrando, escribiendo y borrando, simulando que estoy muy concentrado en lo que estoy haciendo. Le vuelvo a preguntar. He añadido que puede coger un libro de la mesilla y hojearlo hasta que le entre el sueño y esto ha sido un acierto. Me ha dicho que sí. Lleva cerca de treinta minutos con *El gigante egoísta*. Otra vez Wilde. Al principio estaba en silencio, ahora ha empezado a hablar en voz alta. Le voy a decir algo. Me comenta que va a recoger las letras. No lo he dicho. Junto al libro había un baúl de letras que ha esparcido por la cama. Salgo del cuarto. Pasan cinco minutos. Regreso. Todo está recogido y dice que se va a dormir. Vuelvo a salir. Seis minutos. Tímido arranque de un llanto. Regreso. No estoy nada contento, le digo, muy serio, severamente. Si no te duermes no te espero y te apago la luz, ¿de acuerdo? Vale, me dice. Es una luz de baja potencia, últimamente la requiere. “Vale” es una coletilla mía, la detesto. Siete minutos. Cuatro minutos. 01:07. Está dormido. Es mi momento. ¿Por qué se duerme y me deja solo?]

Correr el riesgo de desaparecer. Este apunte voy a escribirlo haciendo caso omiso de mi adictiva circunstancia de los últimos meses, la lectura de Enrique Vila-Matas, que es también la lectura de Walser y del amplio catálogo de autores ausentes o al borde de la desaparición del escritor barcelonés. Ni siquiera atenderé a lo que dice Auster de la poética de la ausencia de Jabès,²⁰ asunto que yo transporto de Jabès a Lévinas en términos de idolopeya y he repasado esta semana con la intención de no descuidar mi investigación. Escribir es borrarse, vaya novedad, y dejar hablar a los muertos. Lo que viene ahora me temo que va a ser más sencillo y menos entretenido que eso. Dar cita a desapariciones representativas en la vida y obra de Lévinas. Cuando abandona la escritura entre 1947 y 1952 (EL, 269), coincidiendo con la estancia del enigmático Chouchani en el apartamento familiar. Cuando Raïsa y Simone salen corriendo tras él, que vuela calle abajo con un deseo no se sabe si momentáneo o definitivo por desaparecer

¹⁸ “Acercanza” es una palabra recuperada (J. RUIZ MANTILLA, “Salvemos la “acercanza”, *El País*, 27 de febrero de 2010) que tratamos de introducir y hacer habitual en el comentario de la obra de Lévinas por lo que tiene de despunte afectivo de la relación de proximidad. Distancia que acerca, que abraza, que obsesiona.

¹⁹ E. LÉVINAS, *Totalité et Infini*, p. 104.

²⁰ P. AUSTER, *Pista de despegue. Poemas y ensayos 1970-1979*, trad. de J. Doce y M^a-E. Ciocchini, Anagrama, Barcelona, 2006, p. 196.

Regresé de Caen consciente de lo perjudicial que es para el conocimiento y la expansión de la obra de Lévinas la inaccesibilidad a los materiales allí depositados

al no conseguir sentirse satisfecho con la conferencia que habla del hijo y que está preparando para el Collège de Jean Wahl. Cuando algún año más tarde, cerrando los cincuenta, está a punto de destruir el manuscrito de *Totalidad e Infinito* (EL, 271) porque su publicación acaba de ser rechazada y tienen que arrebatarse el libro de las manos para evitar que lo haga. Y, más interesante, cuando desaparece el padre en *De otro modo que ser* y se vuelve mujer y madre e inmediatamente después todo gira alrededor de la expiación, que es para lo que tanto se había hablado siempre de ateísmo, se entiende, pero en adelante no más.

Y heredar. Se sorprende Critchley²¹, y yo con él, de la poca trascendencia pública que tiene la querrela familiar entre Simone y Michäel a propósito de los derechos sobre la obra de su padre, en comparación con la inobjetable canonización de Lévinas como filósofo francés, y a pesar de su ya largo recorrido, cuando, por ejemplo, hay un primer artículo alusivo de Michäel en *Le Monde* fechado el 26 de julio de 1996. Aclaro que no me preocupan los entresijos familiares, íntimos, de la disputa, aunque admito la muy sugerente y prometedor materia novelable que hay en una hija apartada de un derecho moral sobre la obra de su padre en un presunto caso de predilección por el hijo varón, predilección que reitera la comunidad intelectual y ahonda la soledad de la hija. Y esto sin hablar de la cuestión judía ni entrar a valorar la pretensión de trasladar el fondo de Lévinas a Carolina del Norte. Me interesa mucho más la literalidad con que se llevan a término algunas aseveraciones de Lévinas acerca del hijo y de la herencia, “Fils préféré. Être moi = exclure les autres de l’héritage paternel” (CC, 281), en lugar de otras, “Cette investiture n’est ni un héritage, ni la charge d’une œuvre à continuer” (CC, 282). Pero más aún la cercanía entre la herencia y el secuestro. Porque es curiosa la paradoja de tener secuestrada la obra de un rehén que ya no puede hacerse cargo. En estas dos frases dejo notar que no me hace ninguna gracia el sellado judicial del fondo de Lévinas en los archivos del IMEC, a la espera de que sea resuelta la querrela entre Simone y Michäel. El pasado mes de marzo estuve allí, en Caen, y regresé con esta sensación de raptó, consciente de lo perjudicial que es para el conocimiento y la expansión de la obra de Lévinas la inaccesibilidad a los materiales allí depositados. Y aunque celebro la edición del primer volumen de inéditos,

o el anticipo de la correspondencia entre Blanchot y Lévinas en *La règle du jeu* de Bernard-Henri Lévy, estas iniciativas y decisiones unilaterales solo añaden desconcierto e incredulidad a la impaciente espera.

Para terminar. Quería decir que Lévinas fue padre y lo he dicho. Quería decir que escribir a veces da miedo y eso también lo he dicho. Ahora llevo un buen rato haciendo clic sobre un vídeo de Youtube de las *Kindertotenlieder* de Mahler²² con Kathleen Ferrier de solista. Da miedo pensar en el esfuerzo de Mahler sobre los poemas de Rückert, el haberse puesto, como él mismo dijo, en la posición de haber perdido un hijo. Da miedo, sobre todo, la acusación de Alma sobre su marido responsabilizándole de la muerte de María, la hija de ambos, cuatro años después de escritas estas canciones, justo por *haberlas escrito*. Cierro la página. Voy a cerrar este documento y luego voy a enviarlo. Soy padre, sufro por ello.

BIBLIOGRAFÍA

- O. CAMPA, ‘L’autre rive du temps’, *Les Études Philosophiques*, PUF, Paris, julio de 2006-3.
- M. JUFFÉ, ‘Genèse du sujet et altérité chez Nicolas Abraham et Emmanuel Lévinas’, *Le Coq-Héron*, 171, 2002.
- F.-D. SEBBAH, ‘Éveil et naissance. Quelques remarques à propos de M. Henry et d’E. Lévinas’, *Alter*, nº 1, 1993.
- E. LÉVINAS: *De l’existence à l’existant* (1947), Vrin, Paris, 1998, p. 165.
- , *Le Temps et l’Autre* (1948), PUF, Paris, 2001, pp. 85-89.
- , *Carnets de captivité et autres inédits*, Éditions Grasset & Fasquelle/IMEC Editeur, 2009, pp. 311-390.
- , *Totalité et Infini. Essai sur l’extériorité* (1961), Le Livre de Poche, Paris, 2001, pp. 298-316.
- , *Autrement qu’être ou au-delà de l’essence* (1974), Le Livre de Poche, Paris, 2001, pp. 138-165.
- , *Ética e infinito*, trad. de J.-M^a Ayuso, Antonio Machado Libros, Madrid, 2000, p. 56 y ss.
- , *Nombres propios*, trad. de C. Díaz, Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2008, p. 114.
- F. POIRIÉ, *Emmanuel Lévinas. Essais et entretiens*, Actes Sud, Arles, 2006, p. 125 y ss.
- A. SZIGETI, ‘Temps par l’autre ou temps de l’autre?’, *Recherches phénoménologiques actuelles en Roumanie et en France* (I. COPOERU/A. SCHNELL, EDS.), Georg Olms Verlag, Hildesheim, Zürich/New York, 2006.
- J.-L., THAYSE, ‘Fecundité et évasion chez Lévinas’, *Les Études Philosophiques*, PUF, Paris, julio de 2006-3.

21 S. CRITCHLEY, ‘Cinq problèmes de la conception lévinasienne du politique et l’esquisse d’une solution’, en *Emmanuel Lévinas et les territoires de la pensée*, ed. de D. Cohen-Lévinas y B. Clément, PUF, Paris, 2007, p. 313.

22 <<http://www.youtube.com/watch?v=OHZhkvu1ojk&feature=related>>.